

ANALES DEL MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA

XVI/2014

Separata

La
apertura
del archivo
etnográfico

Adolfo Estalella



Catálogo de publicaciones del Ministerio: www.mecd.gob.es
Catálogo general de publicaciones oficiales: publicacionesoficiales.boe.es

Edición 2014

Consejo de redacción
M.^a Dolores Adellac Moreno
Patricia Alonso Pajuelo
Julio González Alcalde
Ana López Pajarón
José Luis Mingote Calderón
Inmaculada Ruiz Jiménez
Fernando Sáez Lara
Francisco de Santos Moro
Belén Soguero Mambrilla

Coordinación
Patricia Alonso Pajuelo
José Luis Mingote Calderón



MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA
Y DEPORTE

Edita:

© SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA
Subdirección General
de Documentación y Publicaciones

© De los textos e imágenes: sus autores

NIPO (electrónico): 030-14-207-5
ISSN: 2340-3519

NIPO (Impresión Bajo Demanda): 030-15-021-0
ISBN (Impresión Bajo Demanda): 978-84-8181-591-7

La apertura del archivo etnográfico

Adolfo Estalella

Centre for Research on Socio-Cultural Change
University of Manchester
jestalellaf@uoc.edu

Resumen: Este artículo plantea la posibilidad de pensar la etnografía como una práctica de producción de archivo. A partir de mi experiencia etnográfica en sitios atravesados por la cultura digital exploro cómo podría abrirse el archivo etnográfico y sus consecuencias para la antropología. Mi discusión toma inspiración de proyectos de intervención urbana que hacen de la producción de archivos digitales un instrumento para la circulación de la información y la apertura del conocimiento. Un ejercicio que trae a la existencia nuevas formas de experticia en el diseño de la ciudad que van acompañadas de procesos de traducción material y espacialización de archivos digitales. Tomando inspiración de ello argumento que la apertura del archivo etnográfico no pasa únicamente por dar acceso al material empírico, sino por repensar sus arquitecturas. Abrir el archivo etnográfico nos ofrece la oportunidad de ejecutar una modernización epistémica de una antropología que amplía sus límites cuando se abre a nuevos saberes, genera nuevos espacios epistémicos e incorpora a nuevos individuos.

Palabras clave: Etnografía, Cultura libre, Museo, Etnografía virtual, Internet

Abstract: This article proposes to think of ethnography as a practice of producing archives. Drawing on my ethnographic experience in various sites characterized by digital culture I explore how the ethnographic archive could be open and which would it be the implications for anthropology of doing so. My discussion draws inspiration from projects of urban intervention that make of the production of digital archives an instrument for circulating and opening knowledge. These practices bring into existence new forms of expertise in the design of the city that go together with processes of material translation and spatialization of digital archives. Drawing inspiration from these practices I suggest that opening the ethnographic archive shouldn't be reduced to giving access to the empirical data but involves rethinking the architectures of the ethnographic archive. Opening the ethnographic archive offer us the opportunity to put into practice an epistemic modernization in an anthropology that expands its boundaries while opening to new knowledge, produce new epistemic spaces and incorporates new individuals.

Keywords: Ethnography, Free Culture, Museum, Virtual Ethnography, Internet

La misma década en que Bronislaw Malinowski publicaba la obra fundacional del canon etnográfico contemporáneo era testigo de cómo se fraguaban los principios de la arquitectura y el urbanismo moderno en el centro de Europa. Un participante marginal en ese proceso fue el sociólogo y filósofo Otto Neurath, destacado miembro del Círculo de Viena, un grupo de académicos que desarrollaría en el período de entreguerras lo que se ha conocido como positivismo lógico. Neurath fue además protagonista relevante de un movimiento social que se

desarrolló en Viena tras la I Guerra Mundial y que dio lugar a una gran iniciativa de intervención en el diseño de la ciudad. Miles de personas emigradas y sin alojamiento ocuparon los terrenos de los alrededores de la capital tras la guerra, construyeron sus propias casas y crearon huertos destinados a la subsistencia. Neurath participó activamente como secretario de la recién fundada Asociación Austriaca de Asentamientos y Huertos Urbanos (Osterreichischer Verein fur Siedlungs und Kleingartenwesen), que en la década de 1920 contaba con 40.000 miembros. Detrás de ese compromiso político se encontraba su firme convicción de que cualquier persona podía tomar parte en el diseño urbano de la ciudad, lo único que hacía falta era que pudiera disponer de la información adecuada.

Dos años después de que *Los Argonautas del Pacífico Occidental* (1973 [1922]) fueran publicados, Otto Neurath fundaba el Museo de la Sociedad y la Economía en Viena (Gesellschafts und Wirtschaftsmuseum), un proyecto a través del cual vehiculaba su idea de que la ciudad podía ser diseñada a través de intervenciones urbanas de base. El Museo era un instrumento pedagógico, un repositorio de información que debía servir para la formación de las clases obreras. Su objetivo era facilitar la circulación de información sobre la ciudad, pero para lograrlo era necesario que fuera accesible para personas sin formación reglada, muy a menudo población obrera analfabeta. Durante dos décadas Neurath y sus colaboradores, como el artista Gerd Arntz, trabajaron para desarrollar un lenguaje que representara visualmente información (Burke *et al.*, 2013). El Isotype (International System of Typographic Picture Education) era un vocabulario de símbolos pictóricos que permitía comunicar datos estadísticos sobre la ciudad y que llevó a la elaboración de un mapa de planeamiento urbano destinado a hacer legible la ciudad para que un público generalista pudiera intervenir en ella (Hochhausl, 2011).

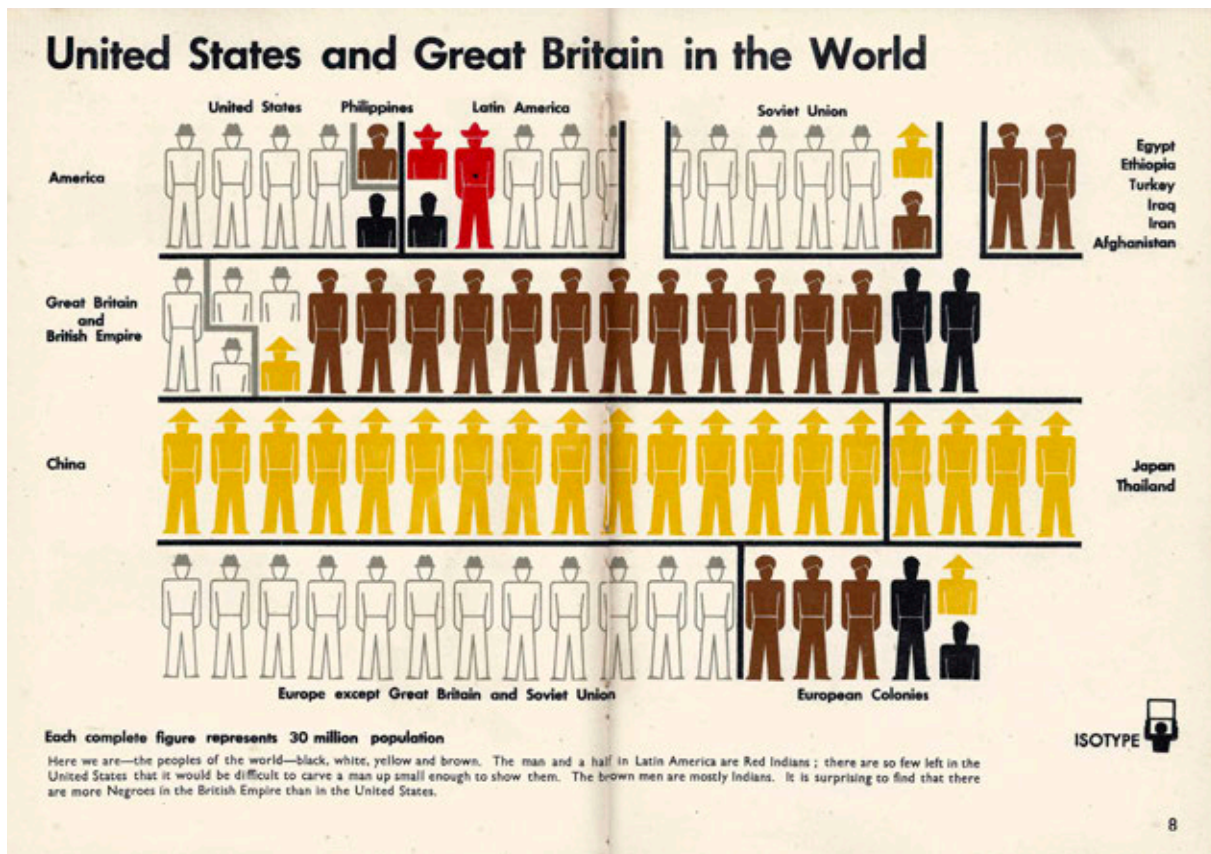


Figura 1. Un ejemplo de las formas de representación visual a través de Isotype (Instituto Isotype).

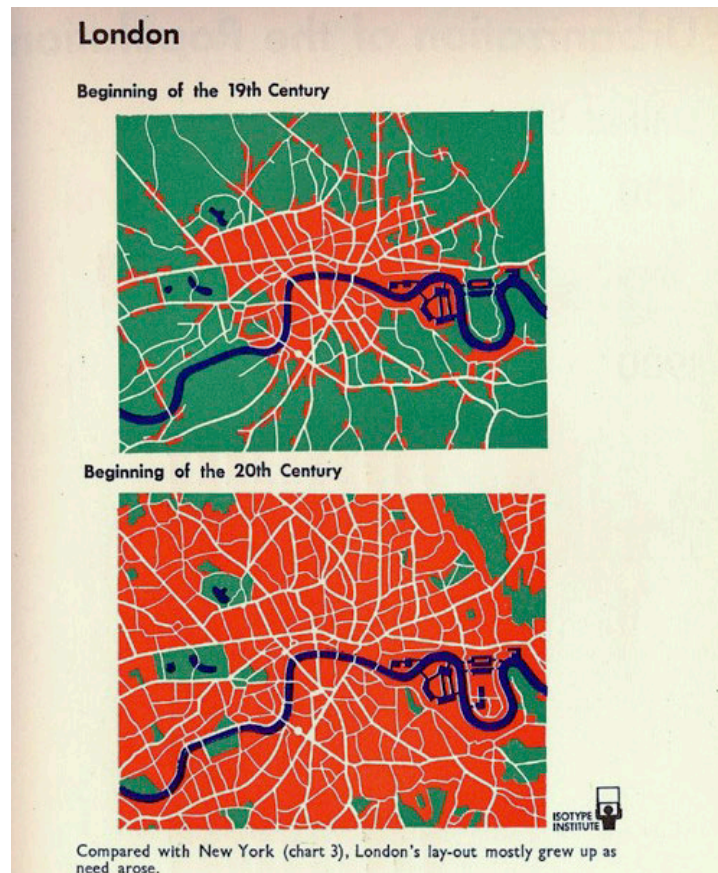


Figura 2. Mapa de Londres elaborado en el Instituto Isotype (Instituto Isotype).

Ese esfuerzo por reconocer e incorporar a no expertos como agentes que toman parte en el diseño urbano resuena con algunos de los proyectos de intervención urbana que se han desarrollado en el primer lustro del nuevo siglo en Madrid: huertos urbanos ocupados en espacios vacantes, espacios públicos autogestionados donde las infraestructuras son construidas por sus propios moradores y proyectos vecinales de recuperación de edificios. Varios colectivos de arquitectura dedicados a la intervención en el espacio público constituyen parte esencial de algunos de esos proyectos, y con dos de ellos, Basurama y Zuloark, hemos realizado un trabajo etnográfico de contornos colaborativos durante los últimos años¹. Una parte fundamental del trabajo de ambos colectivos se desarrolla a través de la realización de talleres de intervención en el espacio público abiertos a la participación de cualquiera.

La Declaración Universal de los Derechos Urbanos es uno de los proyectos desarrollado desde principios de 2011 por Zuloark, un colectivo compuesto por una decena de jóvenes arquitectos. El objetivo inicial de la Declaración es hacer de lo urbano un objeto de aprendizaje, debate y experimentación y para ello comenzaron con la elaboración de un repositorio audiovisual en Internet donde publicaban breves entrevistas en las que interrogaban a los interpelados por la figura de los derechos urbanos. En ellas pedían al protagonista (urbanistas, arquitectos o ciudadanos corrientes) que diera cuenta de un derecho urbano a defender, otro a abolir y un último a reclamar. La publicación abierta de las entrevistas en Internet es una práctica que está atravesada por el imaginario de la cultura libre que permea los modos de

¹ Utilizo el plural porque el largo itinerario etnográfico de los últimos años, entre 2010 y 2013, lo he realizado en colaboración con Alberto Corsín Jiménez.

hacer de Zuloark. Una convicción que toma inspiración del *software* libre y según la cual el conocimiento debería circular libremente. Y como el *software* libre ha mostrado, para ello es necesario dotarle de un régimen de propiedad distinto (licencias) e infraestructuras materiales (Kelty, 2008a). La Declaración, en la forma de archivo audiovisual en Internet, forma parte de ese esfuerzo y es una pieza más del ensamblaje de prácticas a través de las cuales Zuloark problematiza la experticia convencional del urbanismo para señalar otros modos de diseñar la ciudad y otros protagonistas que pueden tomar parte en ello.

No cuesta mucho trabajo encontrar un hilo conductor que nos lleva desde Otto Neurath en la Viena de 1920 hasta la emergencia de esas otras formas de urbanismo informal, experimental o de código abierto (Corsín Jiménez, 2014) en el Madrid de principios del siglo XXI; dos modos distintos de desplegar otras formas de experticias en el diseño de la ciudad. Una parte esencial de ese intento por reformular los contornos del urbanismo toma la forma de prácticas comunicativas que exploran cómo hacer accesible el conocimiento y lograr que circule. Un instrumento esencial de ese esfuerzo en ambos momentos históricos es la producción de archivos ya sea en la forma de un museo o de una base de datos digital. En ambos casos podemos decir que el archivo no es sólo un instrumento para alojar el pasado, sino una tecnología de modernización epistémica (Hess, 2007). Me refiero con esa noción a la constatación empírica de que el conocimiento científico ya no es producido únicamente en los lugares convencionales de la ciencia por los actores legitimados por esta, sino que es elaborado también por ciudadanos sin una experticia sancionada institucionalmente: pacientes que toman parte en el desarrollo de investigaciones médicas, asociaciones ciudadanas que producen conocimiento sobre el medioambiente o colectivos de aficionados que diseñan tecnologías nuevas (Lafuente *et al.*, 2013). El Museo de la Economía y la Sociedad primero y la Declaración Universal de los Derechos Urbanos después forman parte integral de proyectos que reconfiguran el urbanismo como práctica epistémica destinada al diseño de la ciudad. Ambos constituyen ejercicios de expansión epistémica del urbanismo que localizan su intervención urbana en el archivo.

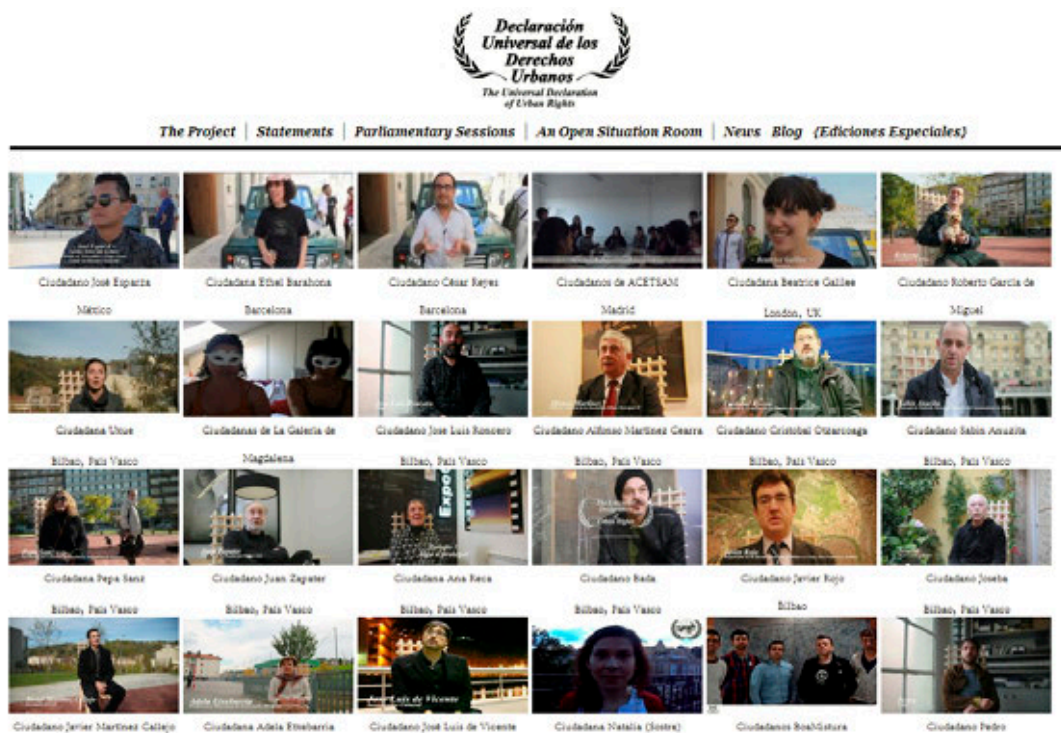


Figura 3. Una captura de pantalla de archivo visual de la Declaración Universal de los Derechos Urbanos (<http://declaracionderechosurbanos.com/>).

Mi discusión toma inspiración de la propuesta que George Marcus (1998) hizo unos años atrás cuando sugería la posibilidad de pensar la etnografía como una práctica de producción de archivos. Su argumento era que el trabajo de campo podía considerarse un ejercicio paciente de recopilación y catalogación de notas de campo, documentos, narraciones, fotos..., literalmente la producción de un archivo etnográfico. Mi objetivo es pensar la etnografía en esos términos a la luz del trabajo de campo realizado en los últimos años en varios sitios atravesados por la cultura digital en los cuales las prácticas de documentación y archivo como la descrita son de excepcional relevancia. Mi relato constituye eso que William M. Maurer (2005) ha llamado un ejercicio de razonamiento lateral, en el cual el etnógrafo y sus contrapartes operan a través de líneas de pensamiento paralelas de manera que nuestro pensamiento se encuentra intensamente alineado con el suyo.

Con ese punto de partida elaboro mi argumento en dos partes. En la primera describo cómo el campo de la etnografía adopta la forma de un archivo en contextos de sociabilidad mediada por tecnologías digitales como son las redes sociales, las listas de correo, etc. La homología entre un campo con forma de archivo y un registro configurado como un archivo desestabiliza los límites del último, y en esas condiciones el archivo etnográfico parece extenderse indefinidamente hacia el campo, así que me pregunto qué podría ocurrir si abriéramos el archivo etnográfico al campo. La apertura de los archivos etnográficos se ha realizado tradicionalmente como un ejercicio de acceso al contenido empírico. Las prácticas de archivo que he encontrado en mi trabajo de campo en espacios atravesados por las prácticas e imaginarios de la cultura libre nos desafían, sin embargo, a pensar en la apertura del archivo en otros términos. Argumentaré que, si tomamos inspiración de ellas, entonces la apertura del archivo etnográfico no debería reducirse a dar acceso a los contenidos empíricos, sino que debería explorar las formas de abrir la arquitectura material del archivo. Mi argumento es que tal gesto constituye un ejercicio de modernización epistémica en el cual la antropología da cabida a otros en sus espacios de producción de conocimiento, se abre a otros lugares e incorpora otros saberes.

1. Orden de archivo

El archivo moderno ha sido un instrumento esencial en el proceso de formación de los Estados europeos en el siglo XIX. Destinados a recopilar información sobre la población y territorio de los Estados nacientes, los archivos ayudan a informar sus políticas y amueblan el ejercicio de gobernanza con detalles sobre los derechos fiscales y las reivindicaciones territoriales. Archivos diferentes desempeñaron un papel significativo en nuestras sociedades desde el siglo XIX, como por ejemplo los museos, los registros coloniales o las bibliotecas. El historiador Patrick Joyce (1999) ha argumentado cómo las bibliotecas públicas (*free libraries*) que se establecieron en Inglaterra a mediados del siglo XIX fueron una institución relevante en el proceso de producción de una nueva subjetividad liberal. Esos inmuebles-archivo resultaron esenciales en la construcción de un público reflexivo y consciente de su agencia política en las nacientes democracias liberales.

Michel Foucault (1970) primero y Jacques Derrida después (1996) han sido los autores que nos han mostrado el interés que tiene pensar en la función de los archivos en la construcción del orden social. Ambos han argumentado sólidamente cómo constituyen tecnologías que toman parte en la conformación de modos hegemónicos de pensamiento y formas de control de los ciudadanos. Foucault argumentará específicamente la función de los archivos en la producción de hechos; lo expresa diciendo que el archivo constituye un sistema de enunciabilidad, una tecnología que establece lo que se puede y no se puede decir y que se convierte de esta manera en un instrumento de autorización del discurso. Derrida sigue un argumento similar al que añade un giro performativo al argüir que el archivo produce tanto como registra los eventos.

La Antropología ha puesto su interés recientemente en el archivo como objeto de estudio (Zeitlyn, 2012), y el trabajo de Ann Laura Stoler (2009) sobre los archivos coloniales del imperio británico es un ejemplo de ello. En ese trabajo relata cómo estos fueron esenciales para la elaboración del discurso colonialista: «los archivos coloniales eran un sitio para los imaginarios e instituciones que modelaron historias que ocultaban, revelaban y reproducían el poder del Estado» (Stoler, 2002: 97). Su aproximación es especialmente relevante en la reformulación de una sensibilidad antropológica que piensa el archivo como un objeto de estudio etnográfico, pues sugiere sustituir el tradicional gesto extractivo que reduce al archivo a un repositorio de contenidos por una sensibilidad etnográfica que preste atención a la materialidad del archivo y la imaginación que es invocada por él. En términos similares podemos entender las llamadas de Nicholas Dirks (2002) cuando sugiere la necesidad de una etnografía del archivo o incluso una biografía del archivo. Desde estas concepciones un archivo es tanto los objetos y contenidos que hospeda como la arquitectura material que los contiene: el edificio que alberga las obras de un museo, las piezas de librería que equipan una biblioteca o el *software* de la base de datos en Internet.

Estos planteamientos nos muestran que puede resultar productivo tomarnos en serio no sólo el contenido del archivo, sino su arquitectura, pues su diseño material inscribe los principios epistémicos y políticos que determinan qué se incluye y excluye, qué se hace visible y qué se desecha, quién habla y quién es silenciado. El archivo ya no es sólo un instrumento que contribuye a la construcción de un discurso a través de su contenido sustantivo, sino que representa en su misma configuración material algo más: principios de orden, inteligibilidad y autoridad que han sido inscritos en su diseño material. Una cuestión que adquiere especial relevancia si atendemos a la proliferación masiva de archivos en nuestra cotidianidad durante la última década.

2. Archivos por doquier

Los archivos se han extendido y han proliferado hasta el punto de que su sentido parece diluirse en mitad de una enorme expansión: imágenes almacenadas en un teléfono móvil, el perfil personal de una red social que acumula las publicaciones diarias, o los repositorios de contenidos en Internet que ofrecen acceso público a imágenes, vídeos, audios o textos; todos ellos son ejemplos de archivos digitales. Cualquier acontecimiento, incluso el más ordinario, puede ser (y es) documentado para ser después archivado (Osborne, 1999). Mi experiencia etnográfica de los últimos años da cuenta de esa expansión, pues las prácticas de documentación y los ejercicios de archivado atraviesan intensamente y de manera singular los sitios urbanos en los que he realizado mis trabajos de campo. Estos se han desarrollado en Madrid y se han ocupado principalmente de formas de intervención en la ciudad que podríamos considerar como ejercicios que reformulan las prácticas convencionales del urbanismo.

El largo itinerario etnográfico que he realizado por el centro de Madrid comenzó en Medialab-Prado (2010), un espacio crítico dedicado a explorar la intersección de arte, ciencia, tecnología y sociedad; continuó con la asamblea del movimiento 15M del barrio madrileño de Lavapiés, y recaló finalmente en el encuentro con los colectivos Basurama y Zuloark. La cultura digital atraviesa todos esos sitios en la forma de infraestructuras materiales, prácticas colectivas o imaginarios compartidos que median intensamente en sus formas de sociabilidad, de manera particular su articulación en la forma de cultura libre. Buena parte de lo que acontece en esos sitios es documentado profusamente, archivado y puesto a disposición de públicos diversos en repositorios digitales en Internet; ese es el caso de Medialab-Prado, que invierte enormes esfuerzos en documentar visual y textualmente todos sus eventos, ya sea mediante el *streaming* de vídeo de casi todas sus charlas que son posteriormente alojadas en un archivo visual o mediante la documentación fotográfica y textual de sus talleres de producción de prototipos.

El cuidado documental se encuentra presente también en el movimiento 15M desde su misma gestación tras la ocupación de la Puerta del Sol en mayo de 2011 y la posterior expansión por la ciudad en más de un centenar de asambleas populares en distintos barrios. Durante dos años participé intensivamente en la asamblea popular del céntrico barrio de Lavapiés. Tanto la asamblea como sus grupos de trabajo tomaban actas de todos y cada uno de sus encuentros que eran posteriormente publicadas en Internet accesibles para cualquiera (Corsín Jiménez y Estalella, 2014). Quizás un caso extremo de ese afán por el archivado es la práctica del *bloguear*, sobre la cual realicé el trabajo de campo que llevó a mi tesis doctoral en 2007. Este se desarrolló entre personas que *blogueaban* apasionadamente, individuos que desplegaban una práctica reflexiva que dejaba entrever las enormes expectativas que depositaban en transformar la sociedad gracias a las tecnologías digitales. Los blogs que publicaban en Internet eran literalmente bases de datos, archivos digitales públicos.

La digitalización ha liberado el archivo poniéndolo en manos de cualquiera; individuos que construyen, mantienen y controlan esos repositorios (Gane y Beer, 2008). Mike Featherstone (2000) argumenta que con ello se produce una completa transformación en la forma cómo la cultura es preservada y traída a la existencia. Esa liberación del archivo se expresa en dos sentidos; primero, el contenido archivado ya no es sólo textual, como se ha pensado durante mucho tiempo, contiene otros formatos de representación y entre ellos paradigmáticamente el visual; segundo, la cotidianidad se ha convertido en objeto del archivo, de ser una tecnología dedicada a preservar las grandezas se ha pasado al archivado de los asuntos mundanos de la vida. Acostumbrada a tratar con el presente, la profusión de archivos que albergan el pasado y sostienen el momento actual colocan a la antropología ante una singular situación cuando aborda el estudio de contextos de sociabilidad mediados por tecnologías digitales. A ello me refiero más adelante, pero antes quiero detenerme en las prácticas de archivo dentro de la misma antropología.

3. Archivo de archivo

Tres lustros atrás George Marcus (1998) se aventuró a pensar la etnografía como un ejercicio de archivo; una expresión que puede entenderse de maneras diversas. Metafóricamente podemos pensar que el conocimiento etnográfico publicado constituye un archivo de los pueblos del mundo. En otra formulación literal, el proyecto Human Area Relations Files (HRAF) fundado en 1937 es un archivo antropológico destinado al estudio comparativo de diferentes sociedades. El HRAF es elaborado a través de la recolección de monografías, libros y artículos que son codificados e integrados en su repositorio. Su fundador, George Peter Murdock, se veía a sí mismo como un archivista cultural y teórico de las diferencias culturales. Me interesa, sin embargo, una formulación diferente que hace Marcus según la cual podemos pensar en el trabajo etnográfico del antropólogo como una práctica, literalmente, de producción de archivo. Si la razón de archivo es aquella que se preocupa por el detalle, huye de las grandes generalizaciones y se orienta hacia la particularidad y la singularidad (Featherstone, 2006), la práctica etnográfica es desde luego un ejercicio de registro que genera su propio archivo, un repositorio ordenado de notas de campo, documentos, imágenes, vídeos...

Marcus explora una última posibilidad cuando pone al archivo etnográfico en relación con la construcción del objeto antropológico. La construcción de un espacio académico de análisis asume y requiere generalmente un archivo cerrado que establece los límites de su objeto; su propuesta, siguiendo a James Clifford, es pensar en «un archivo de materiales que mantiene su objeto de estudio continuamente en cuestión» (1998: 56). El argumento de Marcus nos ofrece una sugerente avenida para repensar la práctica etnográfica, así que sostengamos

por un momento esa formulación que plantea el trabajo de campo como un ejercicio de producción de archivo. Si lo hacemos nos encontramos ante una doble singularidad cuando nuestro trabajo de campo etnográfico tiene como objeto contextos mediados por tecnologías digitales: primero en la práctica de registro y después en el proceso de análisis y escritura.

Clifford Geertz (1973: 19) ha caracterizado el trabajo de campo de la etnografía como un ejercicio de inscripción: «el etnógrafo “inscribe” discursos sociales, los pone por escrito, los redacta. Al hacerlo, se aparta del hecho pasajero que existe sólo en el momento en que se da y pasa a una relación de ese hecho que existe en sus inscripciones y que puede volver a ser consultada». Esa práctica de inscripción propia del trabajo de campo experimenta notables transformaciones en las etnografías que he realizado en contextos de sociabilidad mediados por tecnologías digitales. Mis registros están repletos de conversaciones de chat, intercambios de correos electrónicos, vídeos en repositorios audiovisuales en Internet o publicaciones de redes sociales. Inscripciones materiales archivadas por las infraestructuras digitales que median en esos intercambios y que son incorporadas a mi registro etnográfico. Si la función que Geertz consigna al etnógrafo es la de preservar los acontecimientos a través de la inscripción, nos encontramos con sitios empíricos donde la inscripción de lo social (al menos de una parte de ello) es un elemento constitutivo de sus formas de sociabilidad y en estas circunstancias la práctica de inscripción ya no es exclusiva del etnógrafo.

Cuando el etnógrafo registra acontecimientos, como por ejemplo los intercambios en una lista de correos, lo que hace es re-inscribir lo ya inscrito. En esos términos puede caracterizarse mi etnografía sobre *bloggers*, mi registro de campo era muy a menudo el registro de lo escrito por otros. El registro de las bases de datos y archivos digitales de proyectos como la Declaración Universal de los Derechos Urbanos no es otra cosa que el archivado de lo ya presente en el archivo. Los antropólogos que hacen de Internet un espacio relevante en el registro de sus datos se encuentran, por lo tanto, en una situación en la cual las inscripciones que elaboran nuestras contrapartes en el campo constituyen una parte central de nuestros propios registros de campo. El archivo que los otros realizan y que nosotros registramos se convierte en un gesto de colaboración recursiva en el que archivamos lo archivado: el registro etnográfico como archivo de archivo. Contextos con prácticas equivalentes a las del etnógrafo, poblados por individuos que documentan y reflexionan explícitamente sobre sus prácticas, constituyen eso que Douglas Holmes y George E. Marcus (2005) han designado como parásitos, sitios etnográficos en los cuales sujetos conscientes de su experticia desarrollan toda una serie de prácticas para la producción de conocimiento que resuenan con las propias de la etnografía, prácticas para-etnográficas.

En esas condiciones el etnógrafo no sólo participa en el flujo de acontecimientos presentes, sino que puede acceder muy a menudo al registro de los hechos pasados que se encuentran archivados. Ese encuentro con un campo que adopta la configuración de un archivo es una particularidad de muchas etnografías que se ocupan de Internet y las tecnologías digitales. Christopher Kelty (2008a) se encontró con una situación de ese tipo en su etnografía sobre los *geeks* de *software* libre, programadores expertos. Una de sus prácticas fundamentales es el archivado de todas las interacciones e intercambios realizados habitualmente en listas de correo electrónico donde discuten sobre las decisiones de programación y organización de su comunidad. Gabriella Coleman (2013) señala la enorme producción documental generada en los largos y profusos debates en esas listas de correo. En esa situación de plenitud de archivo el campo adopta una configuración muy particular en la cual «la observación etnográfica de “tal y como suceden las cosas” es posible no sólo “estando allí” en el momento, sino también estando allí en la proliferación masiva de archivos de momentos pasados» (Kelty, 2008a: 115). Los archivos de lo acontecido abren el trabajo de campo al pasado y al futuro que se construye sobre esos registros y documentos.

4. Archivo-campo

La presencia extendida de formas de inscripción y archivado en el campo de mis etnografías tuvo implicaciones no sólo durante mi trabajo de campo, sino en el momento posterior de análisis y escritura; lo ilustro con una escena de la escritura de la monografía de mi tesis. En más de una ocasión durante el momento de análisis me encontraba con registros incompletos en mi cuaderno de campo. Estos estaban constituidos muy a menudo por artículos escritos por *bloggers* que estaban repletos normalmente de *hiperenlaces* que llevaban a otros artículos de blogs, periódicos o páginas web. Muy habitualmente había registrado buena parte de toda esa trama de documentos entrelazados, pero en muchas ocasiones no había incluido en mi registro todos los documentos. Ante una situación de plenitud de archivo uno de los imperativos ineludibles del trabajo de campo es dejar parte de la información al alcance fuera del registro, pues de lo contrario podemos saturarlo hasta hacerlo inmanejable (Coleman, 2013). Recuperar documentos referenciados pero no registrados resultaba, sin embargo, extremadamente sencillo durante el momento de análisis e incluso en la escritura. Bastaba con seguir los enlaces para llegar a ellos e incorporarlos a mi registro, actualizado en ese mismo momento. Sólo excepcionalmente algunos enlaces no funcionaban porque los sitios web habían desaparecido o los documentos habían sido borrados. Aunque mi trabajo de campo había finalizado, continuaba con él, el campo estaba a un clic de distancia.

La antropología ha establecido dos localizaciones y tiempos que delimitan dos prácticas epistémicas claramente diferenciadas. El campo es aquella localización y momento en que se producen los datos empíricos. El hogar, por contra, es el lugar y momento en que se realiza el análisis y la escritura. Aunque la distancia geográfica entre uno y otro ha colapsado con la «antropología en casa», la diferencia temporal entre esos dos momentos suele mantenerse como un principio óptimo². Mi trabajo de campo con los *bloggers* evidenciaba, sin embargo, el colapso de esa distancia temporal y un caso de contigüidad extrema entre el campo y el hogar que extendía el proceso de registro y producción empírica hasta el mismo momento del análisis (Beaulieu y Estalella, 2012). James Clifford (1990) se ha referido a algo similar al evidenciar que las notas de campo se encuentran imbricadas con la escritura y la lectura que se produce antes, durante y después del trabajo empírico. Su argumento es que las notas de campo no pueden entenderse como notas tomadas «en» el campo, sino como notas «de» campo, notas que nos dan cuenta del trabajo de campo pero no que han sido elaboradas únicamente en él. Surge así la posibilidad de incorporar recuerdos a las notas una vez abandonado el campo, de la misma manera que la facilidad para viajar y comunicarse con el campo permite prolongar el proceso de registro.

La asunción de que las notas de campo son elaboradas en un periodo de tiempo delimitado resultaba desestabilizada en el proceso de análisis de mi material empírico sobre los *bloggers*. Una desestabilización localizada de manera precisa en un archivo etnográfico que comienza a diluir sus límites, identidad e integridad en la contigüidad con otros archivos digitales. En este caso, no es sólo que la distancia temporal entre las prácticas de registro y análisis resulte desestabilizada, como sugiere Clifford, sino que comienzan a difuminarse las fronteras entre ese objeto material diferenciado que es el registro etnográfico del antropólogo y el campo como sitio empírico distinto. Esta situación se evidencia en los momentos en los que bastaba un clic en un enlace para llegar hasta nuevos documentos que copiaba en mi ordenador e incorporaba a mi registro o que simplemente consultaba en vivo para formar parte de un proceso de análisis al vuelo. El campo, ese mundo social cuyas inscripciones permanecen a lo largo del tiempo en esos contextos mediados por tecnologías digitales, toma la forma de un archivo que puede ser alcanzado en cualquier momento.

² Pese a que las presiones por publicar obligan cada vez más a que el proceso de producción de datos empíricos y el de análisis y escritura se encuentren a menudo más solapados en los proyectos etnográficos.

La diferencia entre registro y campo tenía que ver únicamente con la localización de los documentos objeto de mi análisis, pero no tenía que ver con la autoría (pues mi registro estaba compuesto por muchos artículos escritos por *bloggers*), ni con el acceso (pues mi registro era tan accesible como los documentos localizados en el campo). La única diferencia entre los documentos de mi registro etnográfico y los documentos de mi campo etnográfico era que los últimos se encontraban depositados en algún servidor informático en alguna otra localización. Esa situación difumina los límites entre nuestro registro y el campo; el registro parece crecer y ramificarse exponencialmente, desbordar sus límites tradicionales y problematizar su autoría. Si nuestro registro etnográfico toma la forma de un archivo contiguo a un campo con forma de archivo accesible, ¿podríamos entonces pensar en ese campo con forma de archivo como parte de nuestro registro?, porque quizás el registro etnográfico ya no es un repositorio de notas de campo, sino un índice que nos da acceso a esos datos vivos que pueden consultarse en cualquier momento, o quizás es sólo una síntesis de lo que podemos encontrar en el campo en todo momento. Pero quizás podemos ir un paso más allá en esas condiciones de homología entre un registro etnográfico que toma la forma de archivo y un archivo que conforma nuestro campo. Quizás podemos pensar no sólo en el campo como extensión de nuestro registro, sino en nuestro archivo etnográfico como una extensión del campo; ¿podría nuestro archivo etnográfico formar parte de ese campo con forma de archivo?, ¿cómo sería abrirlo para que se integrara en ese particular campo constituido por archivos?, ¿cómo podría abrirse el archivo etnográfico? y ¿qué implicaciones tendría? En la sección final exploro algunas preguntas que se abren.

5. Abrir el archivo

Las notas de campo de los etnógrafos han sido tradicionalmente un arcano, un tipo de material empírico raras veces compartido y un género de escritura sobre el cual los antropólogos reciben formación en muy pocas ocasiones. Roger Sanjek (1990) se ha ocupado de su desarrollo histórico y de su condición como pilar del trabajo de campo en *Fieldnotes. The Making of Anthropology*. Aunque la mayor parte de los antropólogos y antropólogas reconocen la potencialidad de compartir notas, pocos de ellos y ellas están dispuestos a hacerlo. Nancy Lutkehaus (1990) da cuenta, sin embargo, de las posibilidades que se abren con la re-utilización de las notas de campo de otras antropólogas cuando explica cómo usó el material que Camilla Wedgwood había elaborado en su trabajo de campo en la villa de Manam en Nueva Guinea 45 años antes de que ella realizara su etnografía en el mismo sitio. El National Anthropological Archives (NAA) es la única institución estadounidense dedicada a la preservación de registros etnográficos en Estados Unidos: notas, objetos, fotos, etc. Fundada a finales del siglo XIX como el Archives of the Bureau of American Ethnology, su objetivo inicial era albergar material etnológico sobre los pueblos nativos pero actualmente ha ampliado su alcance y recopila material etnográfico producido en cualquier parte del mundo (Leopold, 2008).

Ese ejercicio de preservación y apertura de los archivos de material empírico que realiza el NAA y algunos investigadores particulares no es excepcional de la antropología; en tiempos recientes la apertura de los datos económicos y sociales de investigaciones sociológicas se ha tornado en un asunto de interés creciente en algunas geografías. El Reino Unido promueve desde mediados de los noventa un proyecto que archiva los datos producidos por investigaciones financiadas públicamente (UK Data Service³) con el objetivo de que puedan ser reutilizados. Pero la reutilización de datos en bruto de investigaciones presenta problemas notables,

³ UK Data Service: <http://ukdataservice.ac.uk>

entre ellos los desafíos éticos, la potencial exposición de la autoridad del investigador al dar acceso a todo su material y la dificultad para contextualizar esos datos empíricos. Pese a esas problemáticas su reutilización permite el acceso a relatos del pasado que son extremadamente valiosos, como da cuenta de ello Mike Savage (2010) a través de un trabajo donde indaga en los archivos del proyecto Mass Observation que se desarrolló en el Reino Unido desde la década de los treinta.

Frente a esos proyectos institucionales algunos antropólogos han experimentado las implicaciones que tiene para su propia práctica la apertura de su archivo etnográfico. En ese proceso experimentan con el cambio en el rol del antropólogo en el trabajo de campo y con las transformaciones en los géneros de escritura etnográfica. Johannes Fabian (2008) ha ensayado con la apertura de sus datos de una manera controlada al publicar en Internet en la forma de un archivo virtual la transcripción de una larga entrevista con un curandero en la ciudad congoleña de Lubumbashi realizada tres décadas atrás. El acceso de los lectores al material etnográfico ha sido tradicionalmente parcial, a través de fragmentos que el etnógrafo selecciona y hace visible mediante citas literales o descripciones, así que Fabian plantea una sencilla pregunta, una vez que el material empírico es hecho público y se encuentra accesible: ¿cómo puede escribirse una etnografía cuando los registros literales del etnógrafo están a disposición de sus lectores también? Tal situación obliga al etnógrafo a repensar su forma de relación con los materiales y con la escritura, la propuesta de Fabian es hacer del comentario un género literario para la escritura etnográfica. Un género que resulta de la presencia y accesibilidad del texto que se comenta y la co-presencia de su interpretación. Un género de escritura etnográfica que no se predica sobre la ausencia de su material empírico sino sobre su presencia.

Un segundo ejemplo de apertura del archivo etnográfico lo ha llevado a cabo Chris Kelty (2008b) en un proyecto etnográfico sobre la naturaleza ética y política de las tecnologías de la computación y la nanotecnología. El proyecto está realizado con alumnos de la Universidad de Rice y la apertura del archivo se refiere aquí a la publicación en Internet de entrevistas con científicos de ese campo. De manera similar a lo que Fabian hace, los datos son completamente abiertos para que puedan ser analizados por cualquier investigador o persona que pudiera estar interesada, no sólo académicos. Kelty introduce además dos elementos relevantes. En primer lugar lo plantea como un proyecto colaborativo que necesita dotarse de su propia infraestructura material y que toma inspiración del *software* libre. Es a partir de ese planteamiento que el proyecto asume el desafío de hacer visibles los materiales y mantener abierto el proceso de investigación. En segundo lugar, lo que Johannes Fabian plantea como un género de comentario textual, Kelty lo convierte en un ejercicio de composición, con lo que abre la vía para crear otro tipo de obras y productos etnográficos que pueden adoptar cualquier materialización y no han de tener necesariamente un formato textual. El interés de Chris Kelty por la infraestructura que da acceso al material empírico nos proporciona una pista para pensar en la apertura del archivo etnográfico.

6. Arquitecturas de la apertura

La apertura de los archivos etnográficos se plantea habitualmente como un esfuerzo por dar acceso a la información, como muestran los proyectos institucionales del NAA en Estados Unidos, del Data Service en el Reino Unido o las experiencias individuales que he señalado. Pero quizás la apertura del archivo etnográfico no pasa únicamente por dar acceso al contenido del material empírico. Anna Laura Stoler (2009) nos ha mostrado que el archivo no es sólo el contenido que este alberga, sino la arquitectura material que le da forma. Si seguimos ese plan-

teamiento podemos entonces pensar cómo sería la apertura del archivo etnográfico desde una sensibilidad antropológica que presta atención a su materialidad y que abre no sólo el contenido, sino la arquitectura que lo contiene. Regreso por un momento a la Declaración Universal de los Derechos Urbanos porque me ayuda a formular con más precisión esa pregunta y nos proporciona indicios de qué puede significar una arquitectura abierta del archivo.

En septiembre de 2013 la Declaración tomó forma material en lo que Zuloark llamó el Parlamento Urbano, una intervención que construyeron en la 3.^a Trienal de Arquitectura de Lisboa a la que habían sido invitados. El parlamento estaba compuesto por una docena de gradas de tres alturas fabricadas en madera y metal que amueblaban dos salas del Palacio Pombal, un hermoso y gran edificio en el centro de Lisboa. El parlamento era una estructura modular, ligera y fácilmente transportable, como se demostró un día en que un tercio de las gradas fueron sacadas a la calle para celebrar una sesión que reunía a un grupo de arquitectos para discutir en torno a los fuera de la ley (*unlaws*). Unas veinte personas debatieron sobre el asunto durante dos horas en plena calle y las bancadas regresaron después escaleras arriba por el camino que habían llegado. El archivo digital de la Declaración había sido traducido en una arquitectura material emplazada en la calle que daba cobijo a los cuerpos que convocaba, un archivo espacializado en la misma ciudad que constituía el objeto de su registro. Como decían sus constructores, el parlamento era una «infraestructura abierta para los ciudadanos», una arquitectura para otra política urbana. Meses después (en abril de 2014) el parlamento viajaba de alguna manera nuevamente a Manchester, donde Zuloark había sido invitado a construir una nueva versión de ese singular mobiliario urbano.

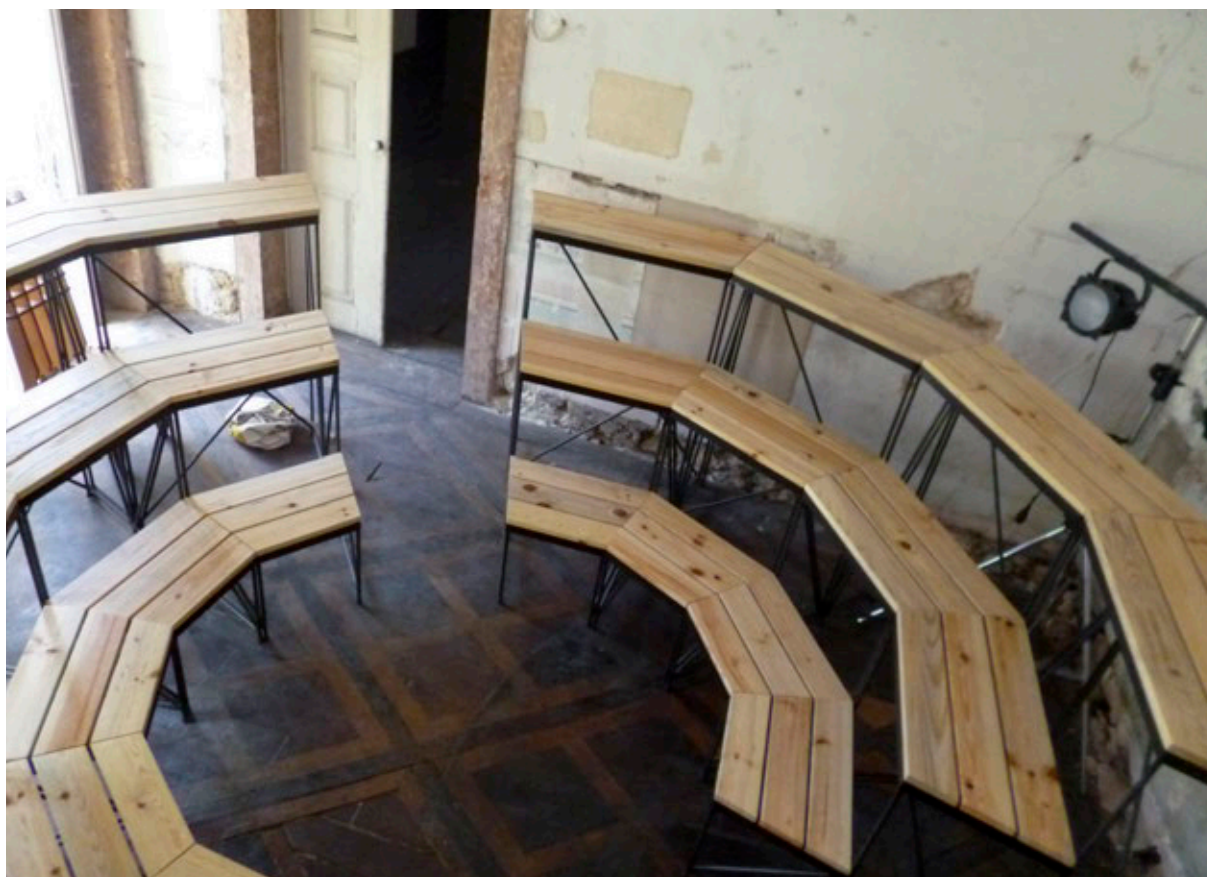


Figura 4. Las gradas del Parlamento Urbano dentro del Palacio Pombal en la 3.^a Trienal de Arquitectura de Lisboa. Fotografía: Adolfo Estalella.



Figura 5. Momento del evento que tuvo lugar en la calle dedicado a la discusión sobre los fuera de la ley (*unlaws*). Fotografía: Adolfo Estalella.

El parlamento es indicativo de un singular desplazamiento histórico en la manera como se organiza la circulación de la información y la apertura del conocimiento. Otto Neurath articulaba su esfuerzo por incorporar a otros al proceso de producción de la ciudad a través de un ejercicio pedagógico que gravitaba sobre el acceso a la información. El Isotype era el lenguaje visual que debía hacer accesible el conocimiento archivado en el Museo de la Sociedad y la Economía. La Declaración Universal de los Derechos Urbanos, en cambio, no hace viajar únicamente el conocimiento visual que alberga su repositorio, sino que construye la arquitectura que lo traduce materialmente al tiempo que lo espacializa. Si el Isotype era un ejercicio de traducción representacional del archivo/museo, el Parlamento Urbano es una traducción infraestructural del archivo/declaración. Uno representa el archivo, el otro la infraestructura. La apertura del archivo no es en este caso un ejercicio de accesibilidad a determinada información, sino el despliegue de una infraestructura epistémica, un parlamento que torna a la ciudad en objeto de experimentación, que señala un nuevo lugar para la discusión de los asuntos urbanos y que habilita las condiciones para nuevas experticias. El parlamento diseña el interior de una episteme que reformula las nociones convencionales del urbanismo cuando transforma los lugares, agentes y conocimientos que son convocados en el diseño de la ciudad (Corsín, Estalella y Zoohaus Collective, 2014).

Peter Galison (1999) nos ha mostrado cómo la ciencia se ha dotado desde el siglo XVII de sus propias arquitecturas. La producción de conocimiento requiere de formas particulares de ordenación del espacio que varían históricamente y presentan notables diferencias entre



Figura 6. Un momento de una sesión del Parlamento Urbano en septiembre de 2013 en Lisboa. Fotografía. Adolfo Estalella

disciplinas. Unas arquitecturas que en la emergencia de la ciencia moderna marcan el paso del secretismo a una apertura que combina de manera sofisticada aquello que muestra y aquello otro que esconde. Tales arquitecturas inscriben muy a menudo materialmente los principios teóricos de la ciencia que albergan. George Stocking (1999) lo ilustra en su relato sobre el enfrentamiento por la distribución espacial de la colección etnológica del Museo Nacional de Estados Unidos. La controversia que se desarrolló entre Owen Wilson, el conservador del museo, y Franz Boas giraba en torno a la noción de adyacencia de los artefactos y la interpretación que se le daba a este concepto. La existencia de artefactos similares en distintas partes del mundo era un indicio de respuestas culturales equivalentes para similares preguntas, según Wilson, y por ello proponía exponer las piezas similares juntas. Para Boas los artefactos no podían pensarse como universales de una cultura global y señalaba la necesidad de aproximarse a colecciones completas de los objetos encontrados en una región para comprender su cultura. La distribución espacial que cada uno proponía inscribía distintas teorías antropológicas en la ordenación espacial del museo.

El museo ha sido la arquitectura convencional a través de la cual la antropología ha abierto su conocimiento a otros; podemos decir, siguiendo a George Marcus (1998), que el museo es el archivo abierto de ese conocimiento de los pueblos del mundo que la antropología ha acumulado históricamente. Pero también podemos preguntarnos si en esta época

hay alguna otra manera de abrir el conocimiento antropológico, si hay alguna otra arquitectura a través de la cual abrir el archivo etnográfico, o más aún, si podemos pensar en la apertura del archivo en términos diferentes al simple acceso al material empírico. La Declaración Universal de los Derechos Urbanos nos proporciona indicios de cómo abrir el archivo, no se reduce únicamente a dar acceso a su interior ni tampoco pasa por un ejercicio de digitalización virtuosa; abrir el archivo en este caso es un ejercicio de espacialización y reconfiguración de su arquitectura material. ¿Qué tipo de arquitectura requiere un archivo etnográfico abierto?

Dos años después del comienzo de nuestro trabajo con Basurama y Zuloark, tras muchas conversaciones cruzadas, varias publicaciones especializadas en colaboración y muchos espacios en común compartidos, nuestra relación cristalizó en un proyecto que tomó residencia en el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía. Ciudad Escuela⁴, como lo denominamos, era una propuesta pedagógica con el objetivo declarado de hacer de la ciudad un objeto de aprendizaje y, al mismo tiempo, el lugar donde emplazarlo. En términos sustantivos el proyecto se articulaba a través de una serie de talleres y seminarios con el objetivo de amueblar material y conceptualmente otra ciudad. Era el último hito hasta ese momento de un proyecto etnográfico que comenzó como un trabajo de campo localizado empíricamente en Medialab-Prado y se extendió a lo largo de cuatro años (entre 2010 y 2013) por toda la ciudad de Madrid, viajó a las asambleas del movimiento 15M y se involucró con Basurama y Zuloark en un diálogo prolongado. A lo largo de ese tiempo nuestro itinerario etnográfico recorrió (literalmente) la ciudad, amueblando (literalmente) los espacios en los que nuestros diálogos han tomado residencia.

George Marcus (2013) ha sugerido recientemente la necesidad de que la antropología explore formas experimentales en su trabajo de campo. Si la década de los ochenta fue pródiga en experimentos con los géneros de escritura etnográfica, Marcus sugiere trasladar ese ejercicio experimental al mismo núcleo del trabajo etnográfico. En ese movimiento la antropología ha de suspender sus formas convencionales, objetivos y formatos de producción de conocimiento para explorar otras posibilidades. En buena medida nuestra práctica etnográfica se desplazó en la colaboración con Basurama y Zuloark desde el registro hacia un trabajo que amueblaba las condiciones materiales y conceptuales de un ejercicio de composición que trascendía los límites de nuestra colaboración e incorporaba a muchos otros. La pretensión de Ciudad Escuela por re-amueblar material y conceptualmente la ciudad es quizás el epítome de la reformulación de una práctica que en su ejercicio de apertura ha sustituido el mueble archivo por otro mobiliario epistémico que nos permite trascender los límites de nuestra práctica etnográfica convencional.

La apertura del archivo está repleta de dificultades; la primera es la exposición a la que se enfrenta su autor y la vulnerabilidad en la que le sitúa. Ruth Behar (1996) ha hecho de la vulnerabilidad un lugar desde el cual ensayar un género de escritura donde la autora se expone a sí misma; quizás no hay género de escritura más vulnerable que los diarios de campo y, por extensión, el archivo etnográfico. Este revela la precariedad de las decisiones en el trabajo de campo, muestra las limitaciones de su práctica y hace visible su condición tentativa. Los archivos etnográficos tienen un enorme valor subversivo y los diarios de Malinowski son un ejemplo paradigmático de la capacidad de esos archivos para problematizar el conocimiento antropológico y la misma figura del antropólogo. Till Geiger (2010) da cuenta de lo sencillo que puede ser hacer una crítica dura y fácil sobre el material empírico de terceros; por ello los National Anthropological Archives cuidan extremadamente el acceso, pues los archivos exponen

⁴ Ciudad Escuela: <http://www.ciudad-escuela.org>.

no sólo a su autor, sino a aquellos que aparecen retratados, y una manera de gestionar esa vulnerabilidad es a través del establecimiento de diferentes temporalidades para su acceso.

La antropología ha tratado a lo largo de su historia con la vulnerabilidad de los otros, y los debates de los últimos años que exploran las formas de una antropología implicada, pública o militante intentan articular la responsabilidad de la antropología en sus prácticas de producción de conocimiento intensificando esa preocupación. Raras veces la antropología ha abierto la posibilidad a que quizás la forma de articular sus compromisos no sea ocupándose de los vulnerables, sino exponiendo su vulnerabilidad en un ejercicio de compromiso de sus formas de producción de conocimiento. En su discusión sobre la emergencia de la ciencia moderna Isabelle Stengers (2000: 133) hace un alegato por inventar «prácticas que hagan nuestras opiniones vulnerables en relación con algo más que no se puede reducir a una opinión», porque en ese gesto se abre la posibilidad de nuevas relaciones. Quizás la apertura del archivo nos ofrece la oportunidad de tramar esas nuevas relaciones, es un gesto que expone la antropología al mismo tiempo que abre un espacio de exploración raramente hollado: la vulnerabilidad como oportunidad para expandir sus límites y articular su compromiso político en nuevos términos. Behar (1996) ensaya la vulnerabilidad en el proceso de escritura de la etnografía monográfica, pero la contigüidad entre el registro y la escritura, entre el campo y el archivo, nos ofrece la oportunidad de desplazar ese ejercicio hacia otro momento, llevarlo al pasado al tornar accesible el archivo en el presente y proyectarlo al futuro al habilitar las condiciones de su acceso.

Arjun Appadurai (2003) se ha referido a las posibilidades liberadoras del archivo para los ciudadanos. Su argumento sigue el planteamiento que reconoce que el archivo ya no es una tecnología en manos de las grandes instituciones, pero extiende sus implicaciones cuando asume que toda documentación es una forma de intervención. Su trabajo con movimientos sociales y asociaciones civiles que despliegan prácticas de archivo le lleva a argumentar que en manos de individuos que aspiran a una sociedad diferente los archivos ya no son únicamente instrumentos de la memoria, sino tecnologías que operan sobre la imaginación, un instrumento para el refinamiento del deseo, una tecnología de la aspiración. Podemos pensar entonces si acaso una manera de abrir radicalmente el archivo etnográfico pasa por repensar su misma arquitectura. Quizás el archivo mueble de una antropología renovada no es ya un dispositivo destinado a acomodar el registro del pasado, sino a hospedar las aspiraciones de futuro. Un mueble que infraestructura las condiciones de posibilidad para una modernización epistémica en la cual la antropología expande sus límites cuando abre la arquitectura de su archivo.

Agradecimientos

Mi agradecimiento a Alberto Corsín Jiménez, compañero de itinerarios etnográficos en la ciudad imposibles de separar de recorridos vitales compartidos. Agradecimientos también para Aurora Adalid y Manuel Pascual por las largas conversaciones mantenidas, y a Tomás Sánchez Criado y a Carla Boserman por dar espacio para mis argumentos. Con David Berken, Manuel Domínguez y Esteban González de Zuloark compartí parlamentos en Lisboa y Manchester; gracias a Anna Buono por su hospitalidad en Lisboa.

El presente artículo es resultado de mi trabajo en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (2010-2012) y de mi estancia en el Centre for Research on Socio-Cultural Change de la University of Manchester gracias a la beca posdoctoral Beatriu de Pinós de la Generalitat de Catalunya.

Bibliografía

- APPADURAI, A. (2003): «Archive and Aspiration». En: Jake BROUWER y Arien MULDER (comp.): *Information is Alive: Art and Theory of Archiving and Retrieving Data*. Rotterdam: NAJ Publishers, pp. 14-25.
- BEAULIEU, A., y ESTALELLA, A. (2012): «Rethinking Research Ethics for Mediated Sttings». *Information, Communication and Society*, 15. Taylor & Francis Group, pp. 23-42.
- BEHAR, R. (1996): *The Vulnerable Observer: Anthropology That Breaks Your Heart*. Boston: Beacon Press.
- BURKE, C.; KINDEL, E., y WALKER, S. (2013): *Isotype. Design and Contexts 1925-1971*. London: Hyphen Press.
- CLIFFORD, J. (1990): «Notes on (Field)notes». En: Roger SANJEK (comp.): *Fieldnotes. The Makings of Anthropology*. Ithaca, London: Cornell University Press, pp. 47-70.
- COLEMAN, G. (2013): *Coding Freedom. The ethics and Aesthetics of hacking*. Princeton, Oxford: Princeton University Press.
- CORSÍN JIMÉNEZ, A.; ESTALELLA, A., y ZOOHAUS COLLECTIVE (2014): «The Interior Design of [Free] Knowledge». *Journal of Cultural Economy*. Manchester: Centre for Research on Socio Cultural Change (CRESC).
- CORSÍN JIMÉNEZ, A., y ESTALELLA, A. (2014): «Assembling Neighbours. The City as Archive, Hardware, Method». *Common Knowledge*, 20. Durham: Duke University Press, pp. 150-171.
- CORSÍN JIMÉNEZ, A. (2014): «The right to infrastructure: a prototype for open source urbanism». *Environment and Planning D: Society and Space advance online*, 32(2). London: Pion Ltd., pp. 342-362.
- DERRIDA, J. (1996): *Archive Fever: A Freudian Impression*. Chicago: University of Chicago Press.
- DIRKS, N. B. (2002): «Annals of the Archive: Ethnographic Notes on the Sources of History». En: B. K. AXEL (comp.): *From the Margins: Historical Anthropology and its Futures*. Durham: Duke University Press, pp. 47-65.
- FABIAN, J. (2008): *Ethnography as Commentary: Writing from the Virtual Archive*. Durham: Duke University Press.
- FEATHERSTONE, M. (2000): «Archiving cultures». *British Journal of Sociology*, 51. London: London School of Economics, pp. 161-184.
— (2006): «Archive». *Theory, Culture & Society*, 23. Thousand Oaks: Sage Publications, pp. 591-596.
- FOUCAULT, M. (1970): *The Order of Things*. London: Routledge.
- GALISON, P., y THOMPSON, E. (1999): *The Architecture of Science*. Cambridge, London: The MIT Press.
- GANE, N., y BEER, D. (2008): *New Media. The Key Concepts*. Oxford, New York: Berg.
- GEERTZ, C. (1973): *The Interpretation of Cultures*. New York: Basic Books.
- GEIGER, T.; MOORE, N., y SAVAGE, M. (2010): «The Archive in Question». *CRESC Working Paper Series*, 81. Manchester: Centre for Research on Socio Cultural Change (CRESC).
- HESS, D. (2007): *Alternative Pathways in Science and Industry*. Cambridge, London: The MIT Press.
- HOCHHAUSL, S. (2011): *Otto Neurath - City Planning. Proposing a Socio-political Map for Modern Urbanism*. Innsbruck: Innsbruck University Press.
- HOLMES, D., y MARCUS, G. E. (2005): «Cultures of Expertise and the Management of Globalization: Toward the Refunctioning of Ethnography». En Aihwa ONG y Stephen J. COLLIER (comp.):

- Global Assemblages: Technology, Politics, and Ethics as Anthropological Problems*. Oxford: Blackwell, pp. 235-252.
- JOYCE, Patrick (1999): «The politics of the liberal archive». *History of the Human Sciences*, vol. 12, n.º 2. London, Thousand Oaks, New Delhi: SAGE Publications, pp. 35-49.
- KELTY, Ch. (2008a): *Two Bits. The Cultural Significance of Free Software*. Durham: Duke University Press.
- (2008b): «Fieldwork after the Internet. Collaboration, coordination and composition». En: James FAUBION y George MARCUS (comp.): *Fieldwork isn't what it used to be*. Ithaca: Cornell University Press, pp. 184-206.
- LAFUENTE, A.; ALONSO, A., y RODRÍGUEZ, J. (2013): *¡Todos sabios! Ciencia ciudadana y conocimiento expandido*. Madrid: Cátedra.
- LEOPOLD, R. (2008): «The second life of ethnographic fieldnotes». *Ateliers du LESC*, 32. Nanterre: Laboratoire d'ethnologie et de sociologie comparative.
- LUTKEHAUS, N. (1990): «Refractions of Reality: On the Use of Other Ethnographers». En: Roger SANJEK (comp.): *Fieldnotes. The Makings of Anthropology*. Ithaca, London: Cornell University Press, pp. 303-323.
- MALINOWSKI, B. (1973): *Los argonautas del pacífico occidental*. Barcelona: Planeta.
- MARCUS, G. E. (1998): «The once future of ethnographic archive». *History of the Human Sciences*, 11. Thousand Oaks: Sage Publications, pp. 49-63.
- (2013): «Experimental forms for the expression of norms in the ethnography of the contemporary». *Hau. Journal of ethnographic theory*, 3. Edinburgh: School of Social and Political Sciences University of Edinburgh, pp. 197-217.
- MAURER, W. M. (2005): *Mutual life, limited: Islamic banking, alternative currencies, lateral reason*. Princeton: Princeton University Press.
- OSBORNE, Th. (1999): «The ordinariness of the archive». *History of the Human Sciences*, 12. Thousand Oaks: Sage Publications, pp. 51-64.
- SANJEK, R. (1990): *Fieldnotes. The Makings of Anthropology*. Ithaca, London: Cornell University Press.
- SAVAGE, M. (2010): *Identities and Social Change in Britain since 1940: The Politics of Method*. Oxford: Oxford University Press.
- STENGERS, I. (2000): *The Invention of Modern Science*. Minneapolis, London: University of Minnesota Press.
- STOCKING, G. (1999): «The Spaces of Cultural Representation, circa 1887 and 1969: Reflections on Museum Arrangement and Anthropological Theory in the Boasian and Evolutionary Traditions». En: Peter GALISON y Emily THOMPSON (comp.): *The Architecture of Science*. Cambridge, Londres: The MIT Press, pp. 165-180.
- STOLER, A. L. (2002): «Colonial Archives and the Arts of Governance». *Archival Science*, 2. Berlin: Springer Netherlands, pp. 87-109.
- (2009): *Along the Archival Grain. Thinking through colonial ontologies*. Princeton, Oxford: Princeton University Press.
- ZEITLYN, D. (2012): «Anthropology in and of the Archives: Possible Futures and Contingent Pasts. Archives as Anthropological Surrogates». *Annual Review of Anthropology*, 41. Palo Alto: Annual Reviews, pp. 461-480.



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE EDUCACIÓN, CULTURA
Y DEPORTE